

Carta del Director

CHILE, UN EJEMPLO DE «BUENAS PRÁCTICAS»

MANUEL GUEDÁN

Director de Quórum.

Chile fue una «rara avis» en América Latina hasta el cruel golpe militar, que, lamentablemente, le homologó con sus vecinos argentinos, uruguayos, paraguayos y brasileños. Pero, tras la dictadura, volvió a diferenciarse positivamente, con la implantación de una peculiar democracia, que algunos académicos han denominado la *democracia de consenso*.

Entre ellos, el profesor Carlos Huneeus que, en el artículo que incluimos en este número de Quórum, denomina *democracia de consenso* a la implantada en Chile y basa su afirmación en la calificación que hace Arend Lijphart, profesor de la Universidad de California y uno de los grandes especialistas en democracia. En su obra *Modelos de democracia*, Lijphart afirma que este tipo de democracia tiene la cualidad de la benignidad y la benevolencia y es más proclive al logro del Estado de bienestar. Obtiene mejores resultados en la protección del medio ambiente, es más benévola a la hora de reprimir y encarcelar a los ciudadanos y es menos dada a hacer uso de la pena de muerte.

En esa misma obra —*Modelos de democracia*— traducida a más de diez idiomas, el profesor Lijphart dice, además, que las concepciones feministas son más afines a la democracia de consenso porque sus características «están en consonancia con las concepciones feministas de democracia que recalcan, en las palabras de Jane Mansbridge (1996), la «capacidad de conexión» y la «persuasión mutua» en vez de la po-

lítica del interés egoísta y de búsqueda del poder: «Los procesos de persuasión se pueden relacionar con un estilo más consultivo y participativo que parece caracterizar más a las mujeres que a los hombres». Mansbridge relaciona posteriormente dichas diferencias con su distinción de democracia «de confrontación» y «unitaria», que es similar al contraste mayoritario-consenso». Y en Chile, hay esa *democracia de consenso* y, con la presidencia de una mujer, Michelle Bachelet, también se da el segundo requisito.

Bachelet es la primera mujer en llegar al poder en América Latina pero, con ser eso muy importante por lo que indica de cambio cultural, lo realmente significativo, en palabras de Ricardos Lagos es que el cambio «no consistió en elegirla, como suele pensarse, sino en la falta de polémica, entre nosotros, acerca de que una mujer pudiera ser presidenta.»

En el campo de las Ciencias Sociales, el estudio de los casos exitosos o de la «buenas prácticas», como comúnmente se les denomina, se ha generalizado. Y Chile es uno de esos casos. De ahí que se tome su experiencia como modelo, cuando se habla de estabilidad política de consenso y de democracia productiva, en América Latina.

La Concertación fue concebida, en primer lugar, para ganar a Pinochet un plebiscito convocado por él mismo para legitimarse y, más tarde, se echó mano de ella para poder gobernar durante los primeros cuatro años de democracia. Transcurrida esa primera legislatura, los dirigentes socialistas y demócratas cristianos pensaron que había que consolidar la fórmula de la Concertación para hacer de Chile un país moderno y socialmente justo. No volvió cada partido a su trinchera, como dijo el ex presidente Lagos, sino que permanecieron unidos para hacer frente a los retos del futuro. «Al desafío político, lo acompañó un desafío económico, uno social, uno cultural... y varios otros, y todos requerían varias dosis de creatividad» que sólo

podía ser abordado por un gobierno con amplio respaldo, como escribiría Lagos.

Lo cierto es que las cuatro legislaturas de la Concertación han sido un éxito no sólo por la implantación de una sólida democracia en Chile, sino porque han mejorado la calidad de vida de la mayoría de los ciudadanos. Cuando Pinochet abandonó el poder, el 40 por ciento de la población era pobre. Ese porcentaje es hoy del 13,7 por ciento y la presidenta Bachelet se ha propuesto como objetivo reducirlo en cuatro años al 8 por ciento. Gracias al Programa Chile Solidario del presidente Lagos, se consiguió reducir la indigencia —que en el año 2000 se situaba en el 5,6 por ciento- al 3,2 en el año 2006. Y estas cifras han ayudado, sin duda, a legitimar ante los chilenos la democracia y su sistema político.

Durante los años 60 y primeros de los 70, la izquierda chilena luchó por el logro de cambios radicales, por una revolución, en democracia, pacífica y socialista. Pero la respuesta a esas intenciones fue una cruel y sangrienta contrarrevolución, que llevó al país a un dictadura y a un dogmático capitalismo liberal, inspirado en el paradigma de Wall Street, que «llevó —como señala el profesor Eugenio Tironi- a la eliminación de todos los vestigios del capitalismo europeo (o más estrictamente del francés, que era el modelo que emularon durante gran parte del siglo XX las élites chilenas)».

Hoy Chile está en condiciones de debatir armoniosamente qué tipo de desarrollo quiere para su futuro, «cuánta dosis de mercado y cuánta dosis de Estado», en palabras de Edmundo Jarquín. O lo que es lo mismo: cuánto de solidaridad se necesita introducir en la sociedad para acrecentar la cohesión social y evitar la conflictividad.

Porque en Chile, el alto nivel de concertación alcanzado no ha ido en menoscabo de la alternancia ni del debate político, ya que a dos pre-

sidentes demócrata cristianos —Patricio Aylwin y Eduardo Frei— les sucedieron dos socialistas —Ricardo Lagos y Michelle Bachelet— y los cuatro fueron elegidos con un amplio respaldo de las bases de su partido y también de las bases de todos los partidos que forman la coalición.

El Estado de Derecho se ha consolidado y los distintos poderes han desempeñado, con bastante éxito, el papel que les corresponde en una democracia liberal. El juego entre el Gobierno y la oposición ha funcionado correctamente y la derecha, tanto la más centrada como la más pinochetista, ha obligado en dos ocasiones a los partidos de la Concertación a acudir a una segunda vuelta en las elecciones presidenciales, lo cual ha demostrado la pluralidad de la sociedad chilena y la evidencia de que, gobierne quien gobierne, ha de tener en cuenta, a la hora de legislar, a sus opositores.

La Concertación ha tenido grandes aciertos, pero todo se desgasta con el uso y, como se señala en algunos artículos de este número 20 de Quórum, el sistema democrático chileno ha sufrido un cierto desgaste y tienen que acometer reformas para adecuarse a esta etapa de madurez que atraviesa la sociedad y el Estado. Y los partidos tienen que renovar sus ideas, sus cuadros y sus formas de relacionarse con la sociedad.

Como ya hemos dicho, en el proceso democrático chileno, los partidos políticos han jugado un papel fundamental porque han ayudado a dar consistencia y estabilidad al Estado. Su capacidad de diálogo ha sido encomiable, pero su asignatura pendiente quizá sea sus relaciones con la sociedad. Ha habido entendimiento entre ellos, pero no han sido capaces de dialogar suficientemente con la ciudadanía ni de seducir a los jóvenes —que no vivieron la dictadura de Pinochet— para incorporarlos a los asuntos públicos.

Los partidos chilenos se están encontrando, como los de la mayoría de las democracias maduras, con la dificultad de elaborar un discurso globalizador en una sociedad diversificada y compleja. Además, tienen que seguir ejerciendo el papel de mediadores entre la sociedad y las Instituciones. Este papel de mediadores es fundamental, pero no pueden ejercerlo en solitario. Tienen que aceptar el acompañamiento de otros actores —asociaciones, sindicatos, organizaciones empresariales, de consumidores, etc.— que representan intereses parciales y tienen un papel cada vez más importante en sociedades plurales.

La Concertación es consciente de que esta cuarta Administración no puede ser meramente continuista «ni hacia dentro ni hacia fuera». Y así se anunció en la última campaña electoral, en la que se ganó con la esperanza de cambios y renovación. La candidata de la Concertación, la presidenta Bachelet, despertó la ilusión en un amplio sector del electorado, que ahora está a la expectativa. Prometió incrementar las políticas sociales para hacer de Chile un país más próspero económicamente —creció un 6 por ciento en 2007 y tiene unas reservas de casi 30.000 millones de dólares— y también más justo socialmente. Y prometió también mejorar la calidad de la democracia «desde abajo hacia arriba». Todo un reto que indica que la democracia chilena ha alcanzado su mayoría de edad. Quizá por eso merece ser reconocido por las Ciencias Sociales como un caso de «buenas prácticas».

**El Instituto de Estudios Latinoamericanos,
editor de la revista *Quórum***

El Centro de Iniciativas de Cooperación al Desarrollo (CICODE), editor hasta el número anterior de la revista *Quórum*, se ha incorporado, junto a los Centros de Estudios Jurídicos, Económicos e Históricos, al recién creado Instituto de Estudios Latinoamericanos

(IELAT) de la Universidad de Alcalá, que preside el ex rector de la UNAM de México, Juan Ramón de la Fuente.

Esta incorporación del CICODE al IELAT supone, sin duda, un importante refuerzo para la revista *Quórum*, cuya entidad editora pasa a ser el propio Instituto. El doctor de la Fuente, junto con el rector de la Universidad de Alcalá Virgilio Zapatero, será, a partir de ahora, el copresidente del Consejo Asesor.

La reconocida autoridad académica del doctor de la Fuente y su amplio conocimiento de la realidad latinoamericana serán, su duda, un gran aporte a la nueva etapa de *Quórum*, tanto en su versión impresa como en su ampliada versión digital, en la que ya estamos trabajando.